

—Pero, ¿por qué con algo tan mezquino?

—Porque la envidia así es.

—Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste:

—Nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que les agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente capaz de enfrentar las consecuencias de una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en la publicidad que se pudiera dar al asunto, quisiera morir. Además, me dijo que siempre quedarían dudas; lo que hace temer que jamás volverá a pisar un salón de clases.

—¿Y entonces nos vamos a cruzar de brazos?

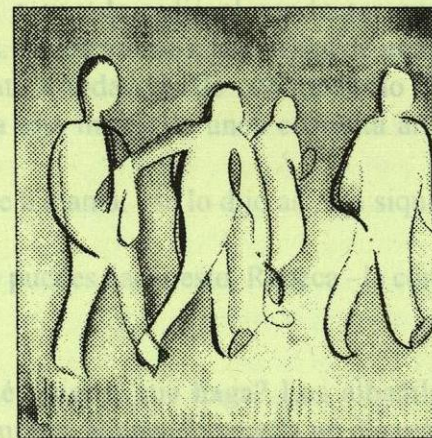
—Por el momento sí, porque nuestras hijas podrían ser objeto de represalias o, incluso, perder el año escolar.

Aquella conversación de nuestras mamás, que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces, por primera vez supe lo que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno, mi madre le aseguró que tarde o temprano la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré:

—Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento.

JUNTA FAMILIAR



—Pero, ¿por qué con algo tan mezquino?

—Porque la envidia así es.

JUNTA FAMILIAR

—Y... ¿Qué vamos a hacer?

La madre de Graciela dijo muy triste:

—Nada, porque Rocío no quiere luchar. Ella me pidió que le agradeciera todo nuestro apoyo, pero no se siente capaz de enfrentar las consecuencias de una demanda. Está tan deprimida y tan asustada que sólo de pensar en el asunto quisiera morir. Además, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

—Y entonces no... ¿Por qué no le damos un golpe?

—Por el momento si pudieras hacer algo más podrías ser objeto de represalias o incluso perder tu empleo.

Aquella conversación de las señoras que escuchamos tras la puerta, nos aclaró el misterio de esa mañana en el auditorio. Entonces, por primera vez supimos que era estar en un serio problema.

Aunque han pasado muchos años de aquello, en mi memoria está muy vivo el recuerdo de nuestra querida maestra despidiéndose con los ojos enrojecidos. Cuando nos llegó el turno mi madre le aseguró que tarde o temprano la verdad saldría a la luz. La señorita Rocío le contestó algo que nunca olvidaré:

—Levantar un falso a una persona es como rasgar y sacudir una almohada de plumas en la cima de una montaña; recuperar su prestigio implicaría recoger hasta la última pluma arrastrada por el viento.

—¿Qué pasa con la maestra? ¿Por qué no le damos un golpe?

Amalia muy molesta se dirigió al taxi, abrió el taxi y con un movimiento brusco le sacó del automóvil. La mujer de

otras cosas que le dijo en el momento de irse. —¿Qué pasa con la maestra? ¿Por qué no le damos un golpe?

—¿Qué pasa con la maestra? ¿Por qué no le damos un golpe?

Primero me dijo que le daba un golpe.

SALIÓ DEL TAXI y le pidió al conductor que esperara unos minutos. Se encaminó a la entrada de una casa de fachada semejante a todas las de ese moderno fraccionamiento. Abrió la puerta una mujer de unos cuarenta años, su hermana.

—Te traje a mamá, —se lo dijo así, sin siquiera saludarla.

—No me puedes hacer esto, Rebeca —le contestó alterada la mujer.

—¿Y qué quieres que haga? Los albañiles empezaron a tumbar ya los muros. No puedo tenerla un día más. ¡Ah!, y con la novedad de que ya no me reconoce.

—Rebeca, tú sabes que mañana tengo la reunión de ingenieros civiles aquí en la casa. En peor momento no pudiste traerla. De verdad no puedo cuidarla.

—Te entiendo perfectamente, Amalia; pero tú ponte también en mi situación...

La discusión se prolongaba ya más de diez minutos cuando fue interrumpida por el taxista que desesperado las interpelló: —

¿Qué hago con la viejita que está en el carro? Yo tengo que seguirle y...

Amalia muy molesta se dirigió al taxi, abrió la puerta trasera y con un ¡muévase mamá! la sacó del automóvil. Un mapa de orines quedó grabado en el asiento.

—¡Qué torpe Rebeca! —le dijo furiosa su hermana— Te he dicho que ya no la saques sin pañal. Ahora tendremos que pagarle al hombre lo de la lavada del asiento.

Después de los arreglos necesarios, el conductor aceptó el dinero y sin poderlo evitar miró de reojo a la anciana. Aunque tenía poco como taxista, ya se estaba acostumbrando a las sorpresas que le daban los pasajeros. Esta vez tomó el incidente con más calma. Se resignó a decir para sus adentros: —¡Pobre vieja!

—¡MAMA!, abuelita no quiere comer.

—¡Amalia!, dale un baño a la suegra para que se reanime.

—¡Señora!, su mamá se está haciendo la dormida porque no quiere que la cambie.

—¡Ay, mamá, no me pidas que haga eso! Tú sabes que no sirvo para esas cosas.

A los quince días Amalia estuvo a punto de llamarle a Margarita, la hermana mayor, para decirle que ya no podía con el paquetón. Muchos cuidados, muchas molestias, muchos pleitos. Pero se detuvo. Desesperarse con apenas dos semanas, cuando en otros tiempos ella misma le suplicaba a su madre que se quedara una larga temporada. Pero el mal de Alzheimer avanzaba cada vez

más rápido y los problemas también. Definitivamente había que poner los puntos sobre las íes en una junta familiar.

ESTABAN MARGARITA Y REBECA con sus respectivos esposos; Roberto, el hermano divorciado; Raúl y la cuñada Olga y, por supuesto, Amalia y Fernando, los anfitriones.

Primero acordaron que cada quince días se turnarían para hacerse cargo de doña Rosita. Después resultó que dos semanas eran muy poco tiempo para el trastorno que implicaba cambiarla de casa y, como un mes parecía demasiado, consideraron mejor hacerlo cada tres semanas.

Las chispas empezaron a saltar cuando Rebeca pidió que la dejaran para el final y Olga: —¿Por qué? Mejor un sorteo y como te tocó, te tocó. En vista de que la reunión se volvía un dime y direte, Amalia propuso lo que había venido reflexionando desde tiempo atrás: pagar entre todos la costosa pensión de una casa de reposo, en vista de que nadie podía hacerse cargo de mamá Rosita. Ninguno secundó la proposición. Tampoco pareció conveniente contratar enfermeras pues, además de caro, implicaba tener personas extrañas que había que alimentar y que, en fin, alterarían más a la familia.

Los argumentos sobraban: Roberto, desempleado; Rebeca con la construcción, estaba hasta el tope de gastos; Margarita, pues vive al día; Raúl y Olga, con los gemelos en colegio bilingüe, demasiados gastos.

Amalia vio como el cerco se cerraba a su alrededor. Iba a explotar, pero Fernando, su marido, que la conocía demasiado bien, le presionó con fuerza la mano en la rodilla para indicarle que no abriera la boca.

Entonces él habló:

—Creo que como simple espectador les he tenido mucha paciencia; pero ya estuvo bueno. Ahora sí que me encabroné. Mi suegra no es ningún calzón de puta como para andar de arriba para abajo. Esta fue la última vez que se discutió la situación de doña Rosita. De aquí en adelante, éste será su único hogar, y permanecerá aquí los días, meses y años que le queden de vida... Y ni una palabra más.

Unos silenciosos segundos fueron interrumpidos por aplausos. Todos voltearon sorprendidos a la entrada de la cocina. Los dos hijos mayores de Amalia y Fernando batían sus palmas con los rostros muy serios. Mientras sus parientes jugaban a “la papa caliente” con la abuelita, ellos habían tenido tiempo de repasar las canciones de cuna, las tardes en el parque, las cucharadas en las madrugadas de fiebre, las gorditas de azúcar y los cuentos teatralizados que entretenían por horas a los nietos llorones, mientras que papi y mami se divertían en el cine. Estos recuerdos los convertían, de pronto, en guardianes de la persona que había vuelto locos a una bola de individuos que parecían beber agua de la eterna juventud.

EL SEPELIO FUE de lo más familiar. Salvo los sollozos aislados de algunos nietos, predominaba un silencio de gargantas cerradas, un lenguaje de miradas cobardes.

Dos años había vivido doña Rosita rodeada de cuidados. La paciencia se había practicado de día y de noche, de enero a diciembre.

Una corona de crisantemos blancos resaltaba entre todas las demás. Su leyenda, muy sencilla: GRACIAS, FERNANDO. Firmaba. Rosita.

NÉSTOR PAREDES

